

I Concurso de Relatos: "La atracción de la Nava"

La memoria es selectiva y para que no se olviden vivencias antiguas, una buena manera es evocarlas o, mejor aún, hablar de ellas. Gracias a esos parlamentos y en connivencia con buenos y perdurables amigos, las historias pretéritas se aferran a esa memoria y no son presa fácil de olvido.

A principios de los setenta del siglo pasado se presentó un nuevo médico en Almedinilla procedente de Baena. Don Antonio venía acompañado de su esposa y una prole de cinco hijos. Como eran coetáneos, propiciaba una situación optimista ya que en un reducido universo de pueblo pequeño siempre es bueno ampliar las relaciones.

Es normal que los amigos baenenses de mis nuevos vecinos, se acercaran para comprobar el ambiente de sus paisanos y así tuvimos la suerte de conocer a José Antonio, quien merced a su ecologismo me inculcó de manera consciente una nueva sensibilidad. Con él nos introducimos en la cueva del Yeso y subimos por primera vez a La Nava.

José Antonio nos idealizó la zona. Relataba cómo un gran llano verde en altura recibía agua por todos lados y un verdor precioso acompañaba a los innumerables regueros de agua. En los laterales, hermosos ejemplares de quejigos adornaban la bellísima perspectiva donde un elenco de pájaros podían anidar y avanzando llegábamos a otra nava alargada, La Fuenseca, donde al fondo, nos encontrábamos con un arroyo de agua limpia y ascendiendo en su curso estaban Las Chorreras, una serie de cataratas de agua cristalina superando los mil metros de altura que iban echando el agua a La Nava, donde el arroyo Fuenseca, anticipo del incipiente río Bailón, se ensanchaba y los buitres leonados se reflejaban en ese pacífico y elevado espejo fluvial. Toda descripción es parca para la mente de los 17 o 18 años que tenía y me originó un deseo irrefrenable de subir.

Se presentó el día de visita pero en verano, cuando teníamos más tiempo para las prospecciones. Subimos por un camino que parte cercano a La Zamora (en la carretera que atraviesa la Subbética) hacia el Lobatejo hasta llegar a un precioso cortijo con un gran pilón y abrevadero de bastante ganado lanar y caprino. De allí partimos a la derecha para llegar a Las Chorreras por arriba y claro, estaba todo seco. Bajamos a La Nava, pero aunque me encantó por esa planicie de altura, estaba igual de seco. Sus apasionadas explicaciones incidieron en la visita en periodo primaveral y con esa orientación bajamos hacia el lugar de partida. Después de aquel día veraniego, La Nava se quedó en la memoria, un letargo que duró bastantes años.

la jornada se alargaba a la tarde con reuniones de trabajo, me quedé en una de esas

magníficas ventas que en Los Pelaos te ofrecen tan rica y castiza comida. Evoco con añoranza aquel cocido de caldo tan blanco y espeso, garbanzos suaves y tiernos, acompañados de aceitunas “partías” frescas y un portento de “pringá”, lo cual me originó cierta sobredimensión ventral y obvio atontamiento mental. En consecuencia, dispuse subir al Picacho con mi auto y pasearme en su cima; entendía que de esa manera tendría mejor disposición laboral. No recordaba tan atractivas vistas, especialmente cuando la carretera toma dirección norte y se divisa un largo horizonte occidental. Y de pronto me la encuentro, ahora no estaba seca: el poljé de La Nava lleno de agua y con un verdor precioso.

Pese al tiempo transcurrido – más de 23 años -, inopinadamente se me reverdece la ilusión que mantenía siendo más joven. En el bello Santuario de la Virgen de la Sierra pregunté cómo se accedía y me dicen que por la misma carretera que había subido hay algo más baja una desviación hacia el este y allí puedo dejar el coche. Así que, a pesar de no tener mucho tiempo de observación, me desplazé y comprobé su acceso.

A partir de aquel día quedé con una ilusión que ya no olvidaría, pese a no satisfacer mi deseo hasta iniciada la segunda década del presente siglo.

Algunas visitas a las navas y acompañado siempre de amigos, han sido con buena pluviometría, entonces el agua aparece por todos sitios y la sensación es agradable y produce optimismo. La Nava, propiamente, tiene a la derecha un camino algo más elevado y su tránsito es cómodo y de una bella perspectiva paisajística. Conforme vas andando, el agua va remansándose en la izquierda y a la derecha unos enormes árboles invitan a acercarte a ellos, alguno con largas y gruesas ramas horizontales que llegan al suelo y con una dimensionada copa que empequeñece tu presencia. Avanzando, un pequeño puente canaliza las aguas hacia la derecha, donde comienza la otra nava, y al final te topas con el arroyo Fuenseca. A partir de ese momento sigues su curso ascendente y la belleza inesperada aturde mi sensibilidad. Las riberas temporales del arroyo dan complacencia a cualquier visitante. La vegetación irregular es por momentos un abundante bosque de pequeños árboles donde la humedad ha dado una pátina de verdina a los troncos y parece que estemos en un paraje norteño, otras donde el matorral verde brillante limita felizmente su acceso. El agua transita muchas veces sobre la propia roca y, para salvar el desnivel, además de las cataratas grandes, hay una serie de pequeños saltos que le confieren una observación deliciosa. Hay de pronto un saliente o una roca sobre el efímero cauce, te sientas y comienzas a deleitarte en percibir su rumor, observas la transparencia de agua y sientes que formas parte de esa hermosa naturaleza. La sensación te llena de paz y, si estás pendiente en silencio y quietud, la suerte se presenta con la presencia de roqueros solitarios, con ese color azul oscuro tan bello que los caracteriza.